



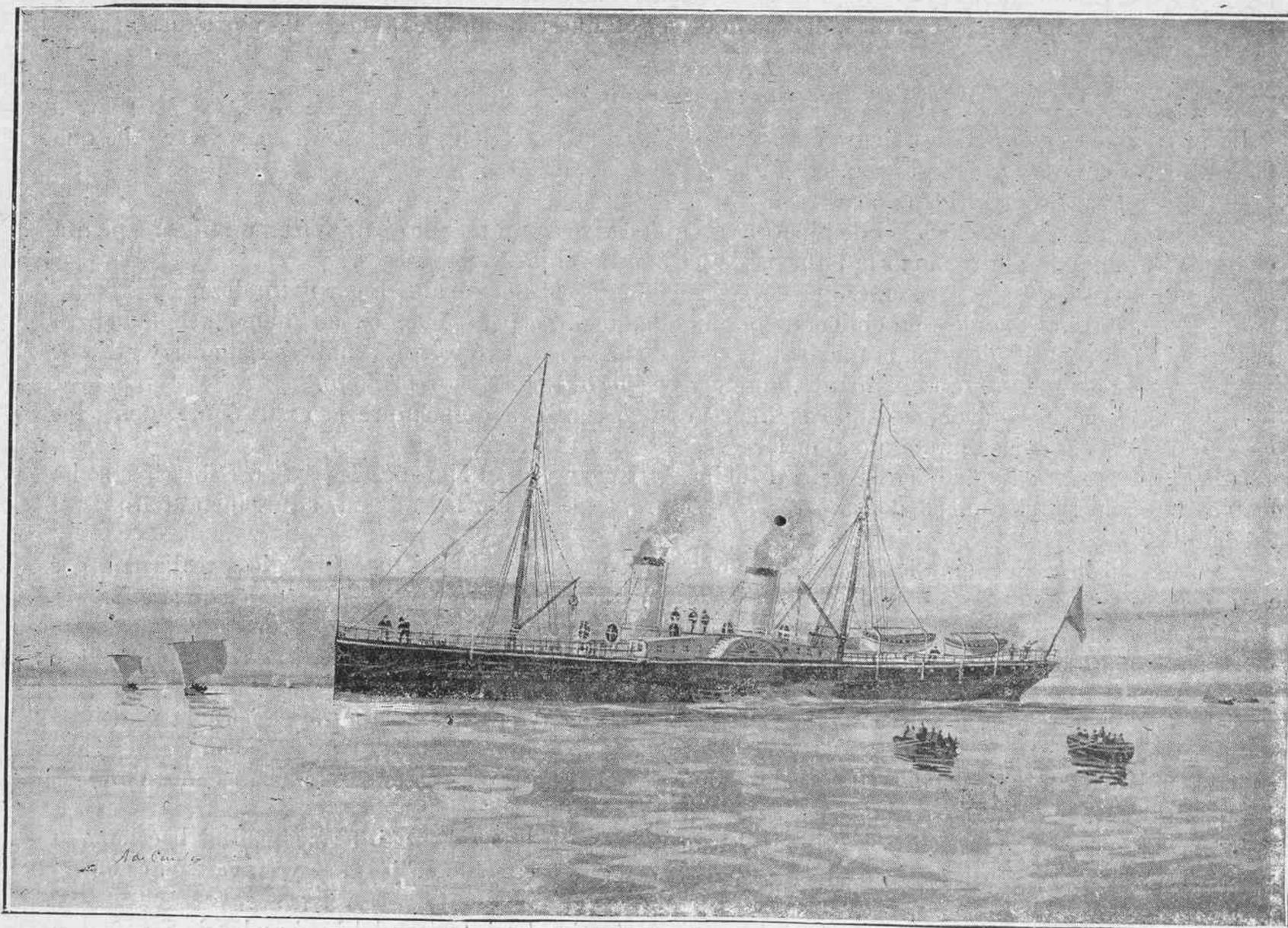
SEMENARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

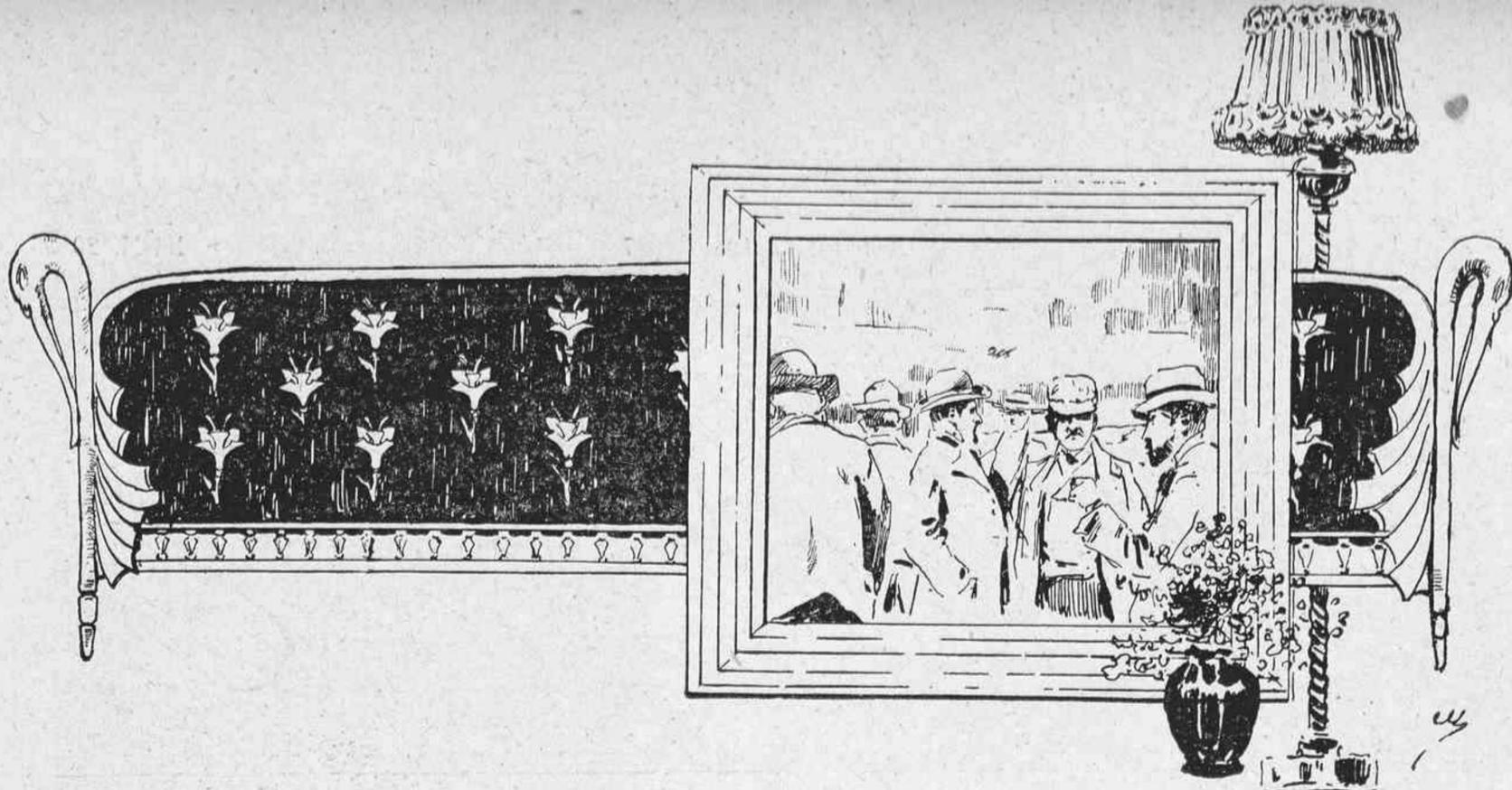
ADMINISTRACIÓN
CLAUDIO COELLO, 21

DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

LA JORNADA REAL



EL TRANSPORTE DE GUERRA «GENERAL VALDÉS»
DESTINADO EN SAN SEBASTIÁN AL SERVICIO DE SS. MM. (Dibujo de Caula.)



COMENTARIOS

Todos sabemos, por haberlo oído cantar en no recuerdo qué zarzuela, que

*el japonés
es un mortal
lo más feliz,
¡lo más juncal!*

versos, como si dijéramos, que pintan admirablemente el carácter y la constitución psicológica de aquel pueblo, y que tienen además la ventaja de estar *plagiados* de otra opereta francesa, donde se viene á hacer la misma pintura, poco más ó menos, del modo de ser de nuestros amables vecinos los portugueses:

*Les portugais
sont toujours gais, etc.*

Lo indudable es que nadie se figura á un japonés ó á un chino tristes y melancólicos, y ya se sabe que para nosotros chinos y japoneses son todos unos.

Unos..... muñecos de porcelana ó cosa así.

—¿Cómo es posible que padezca de hipocondría quien vive en un país de abanico ó en un tabor?—piensa cualquiera, tomando por realidad la fantasía de los artistas chinos y japoneses.

Además, hay otra razón para creer que chinos y japoneses son gente alegre por naturaleza.

Las líneas de su fisonomía son oblicuas, con la oblicuidad que por convenio tácito hemos aceptado para la expresión de alegría, de gozo, la misma que se ve en las máscaras ó *personas* cómicas romanas y griegas.

Y aquí viene el segundo razonamiento, no menos *de pie de banco* que el primero.

—¿Cómo es posible—decimos—que nadie esté triste conservando siempre la expresión risueña, los ojos guiñados y las cejas apuntando al cielo?

Ello es que, con motivo de la visita del príncipe Arrisugawa y del Marqués Ito á San Sebastián, se ha elaborado buena porción de chistes *de buena ley* y de retruécanos sin ley alguna, antes bien anarquistas furibundos.

Y no es esto lo mejor, sino los grandes é importantísimos descubrimientos filológicos realizados por varios corresponsales *de verano*, en colaboración con *sagardúas*, *tseladores* y demás vascófilos de la calle.

Parece que hay mucho adelantado para la *entente cordiale* con el Japón, nuestro vecino asiático, desde que se ha descubierto que *Arrisugawa* significa *piedra de noche* ó *noche de piedra*; *Umeko Ito*, *niña ahogada*, y *Atzushi*, *escoba de ramas secas*.....

Siendo así, como lo es indudablemente, pues no tengo motivos para poner *en tela de juicio* la veracidad ni los conocimientos filológicos de la cocinera guipuzcoana á quien debo tan preciosos datos, no cabe dudar que llegaremos á entendernos con el Japón *bajo la base* (como dicen todavía nuestros más eminentes hombres públicos) del vascuence.

Pues ¿qué? ¿Acaso no pueden ser fundamentos sólidos para una alianza internacional el bacalao á la vizcaína servido en porcelanas de Kioto, y el *Guernikako arbola* cantado en japonés y en vascuence entreverados?

Por estas razones, y por hallarse, *en las actuales circunstancias*, los intereses del Japón y los de España tan ligados, aun me parece que no han sido gran cosa los agasajos hechos al príncipe Arrisugawa y al Marqués de Ito, á quien todos hemos suprimido la *de por mor* del chiste.

Ya verán ustedes cómo, cuando venga Mr. Woodford, los agasajos son mayores.

¿A que le sueltan dos *cezenuskos*?

*
*
*

Los abogados, procuradores, curiales y noticieros que todos los días van á la Casa de Canónigos sí que se van á encontrar el día menos pensado con un *cezenusko*; pero cómo, de una vez.

¡Menudo *toro de fuego* puede formarse con no sé cuántos kilos de dinamita que tienen allí en conserva, según paternalmente nos han avisado varios apreciables colegas!

— De todas suertes — decía anoche un curial hablando en tono estoico del peligro que se corre en aquella mansión de la justicia, — de todas suertes, crea usted que *esto*, más tarde ó más temprano, tiene que dar un estallido.

Al oírle decir *esto*, le miré temblando, por si llevaba algo de dinamita *sobre sí*; pero el hombre hacía un ademán vago indicando algo que está en el ambiente. Indicación que no es tampoco propia para tranquilizar á nadie.

— Como dar un estallido — le dije, — yo creo que no lo dará; pero en punto á *dilatación*, sí que estamos muy cerca del *máximum*.

Y, en efecto, el termómetro *acusaba los cuarenta* á la sombra.

Al llegar á este punto se me advierte que el peligro de la explosión ha desaparecido ya, por fortuna.

Es decir, que se han llevado la dinamita á la Pradera del Canal.

Que es lo que hacemos aquí con todos los peligros.

Mudarlos.

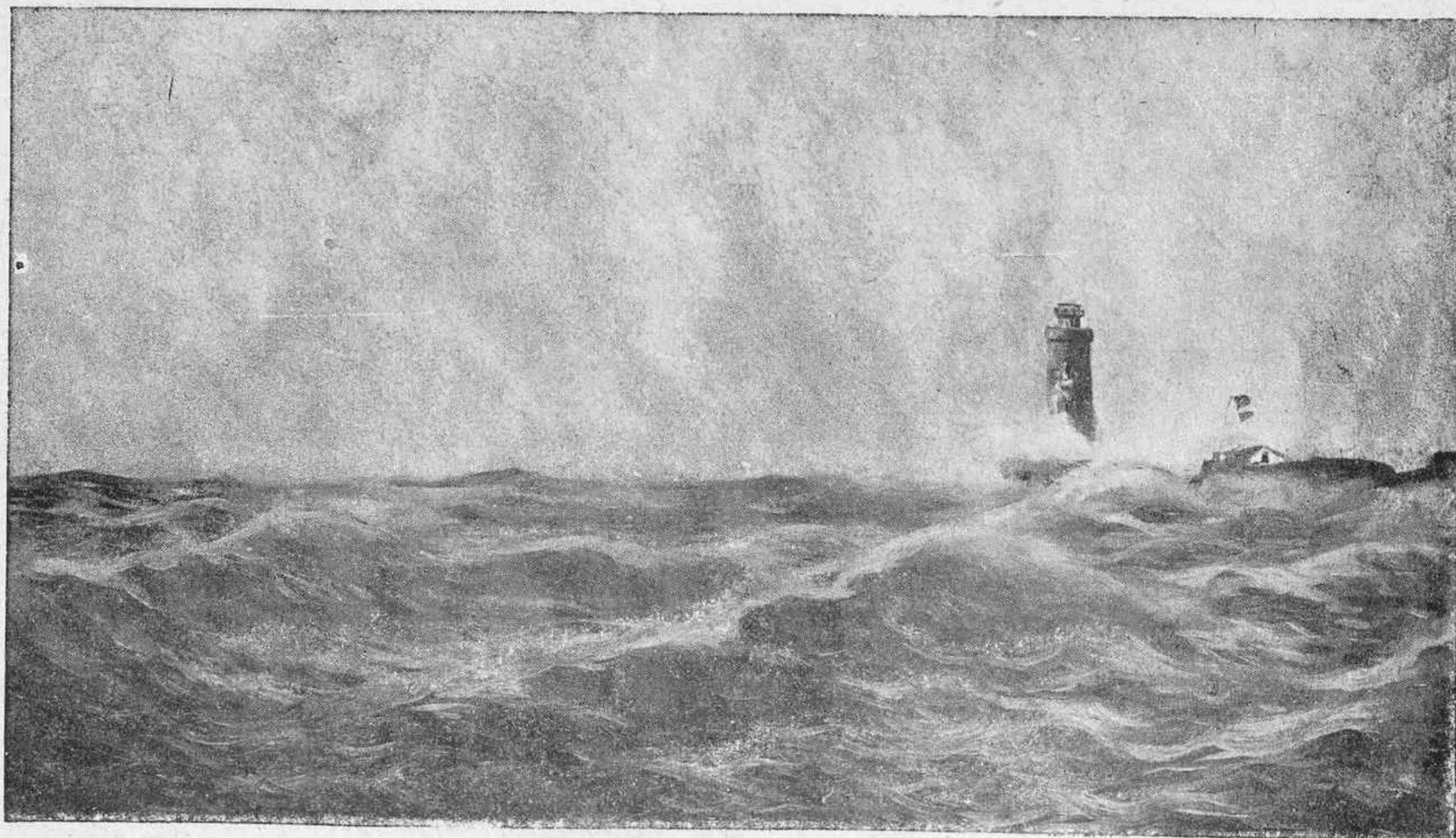
Con el citado *acuse* del termómetro, lo más prudente es echar hasta nuestro gozo en un pozo.

Y para ello basta leer los cablegramas de Cuba y de Filipinas.

Creíamos pacificado este Archipiélago....., y nada, resulta que aparecen ó reaparecen partidas aquí y allá, y que, por lo visto, los Aguinaldos van á durar hasta Nochebuena.



RETRATO DE SENORA, CUADRO DE H. DE CAVIEDES.



MAL TIEMPO, CUADRO DE ALICE CRUSOLLE.

—La rebelión filipina—dicen gravemente los doctores en estas materias—va convirtiéndose de enfermedad aguda en crónica.

Y un servidor de ustedes se echa á temblar. Porque ya sabe, por desgracia suya, cuán terribles enfermedades son *las crónicas*.

*
* *

El otro día quedaron *establecidos*, y no sé si con casa abierta, el *record del kilómetro*, *el de los cinco kilómetros* y algunos otros *records* para la familia ciclista.

Pero esos *records* nada valen comparados con el *establecido* por el cajero de la Compañía ferrocarrilera del Sur de España, un D. Basilio que se las ha guillado, sin decir *buona sera*, en compañía de 60 ó 70.000 duros, cantidad verdaderamente apreciable y desfalco inaudito, «*che fa l' aria ribombar*».

Hasta la presente, el D. Basilio *no ha sido habido*, lo cual nada extraño es, porque una suma de esa consideración le convierte al ser más pesado en *un venticello*.

DE ACTUALIDAD



LA SEÑORITA DANIELLI,

PRIMERA BAILARINA EN EL TEATRO DEL JARDÍN DEL BUEN RETIRO.

Porque el *nuevo Sansón*, ese las rompe con un sencillo movimiento de *biceps*, ó de lo que sea, que más bien parece un cortafrío.

Pero no lo será, porque ni al *nuevo Sansón* se le ocurre usar *cortafríos* con estas calores.

F. NAVARRO Y LEDESMA.

Hacia ya algunos años que no se *establecían records* de esa clase, y, la verdad, era una vergüenza no poder contestar concretamente á Julio Ruiz, que, recién llegado de Buenos Aires, la primera pregunta que hizo fué ésta:

—¿Dónde se ha descubierto la última irregularidad?

—¡En *Cuencua!*—le contestaba todo el mundo.

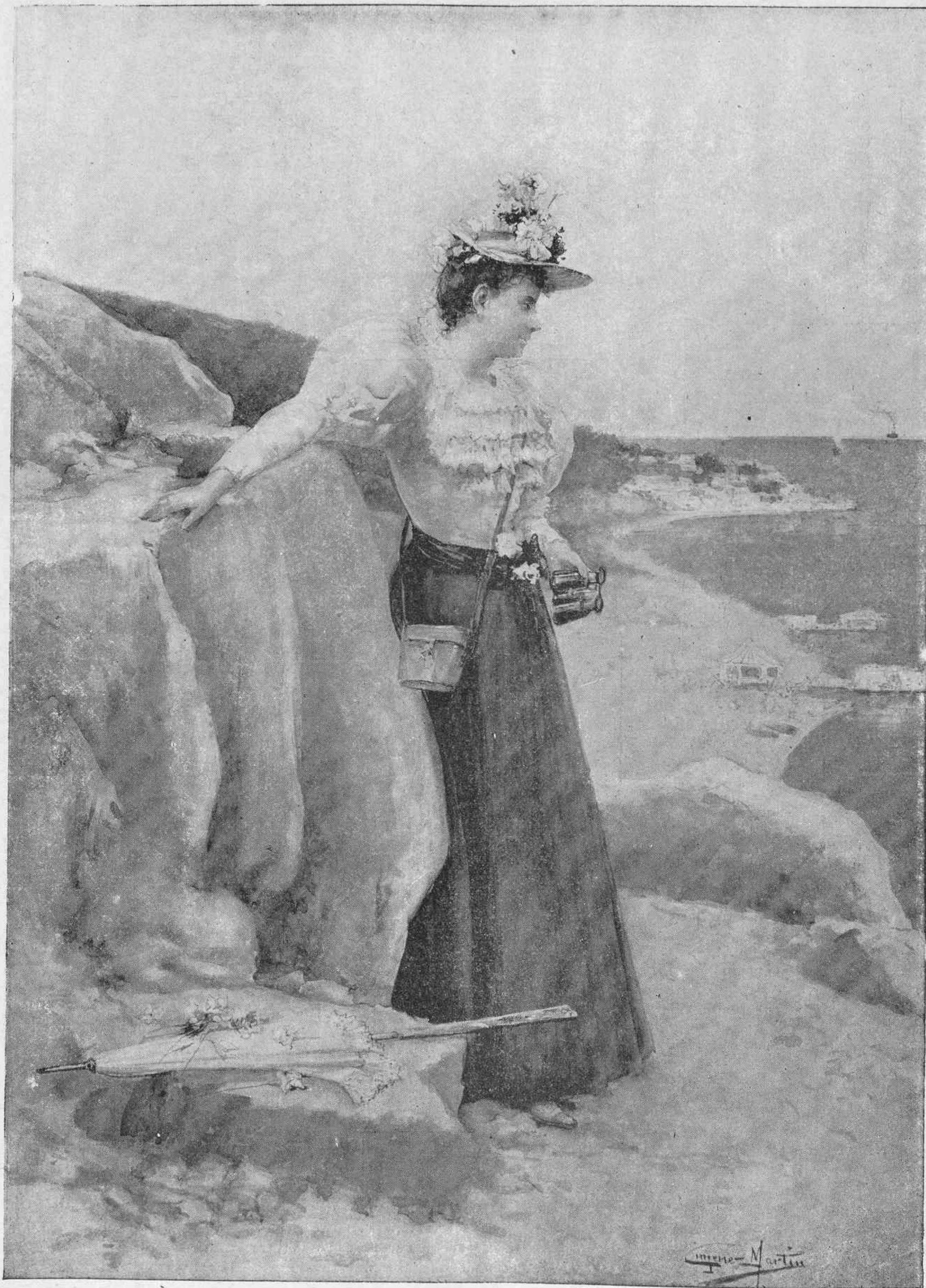
De donde Ruiz ó Pérez ó Martínez concluían que la filosofía de la historia es una paparrucha, y que las *variaciones* analizadas y descritas por Bossuet son unos solemnes embelecocos: lo cual á Ruiz, á Fernández y á López les tendría sin cuidado, pero, en cambio, apenaría profundamente al amigo Mr. Brunetière, hombre por demás aferrado á sus ideas y á sus predilecciones, y amigo de que ni por nada ni por nadie se altere el orden establecido en las unas y en las otras, sin el cual es imposible conservarse á los 18 centígrados de temperatura física y moral propios de la *Revue des Deux Mondes*.

*
* *

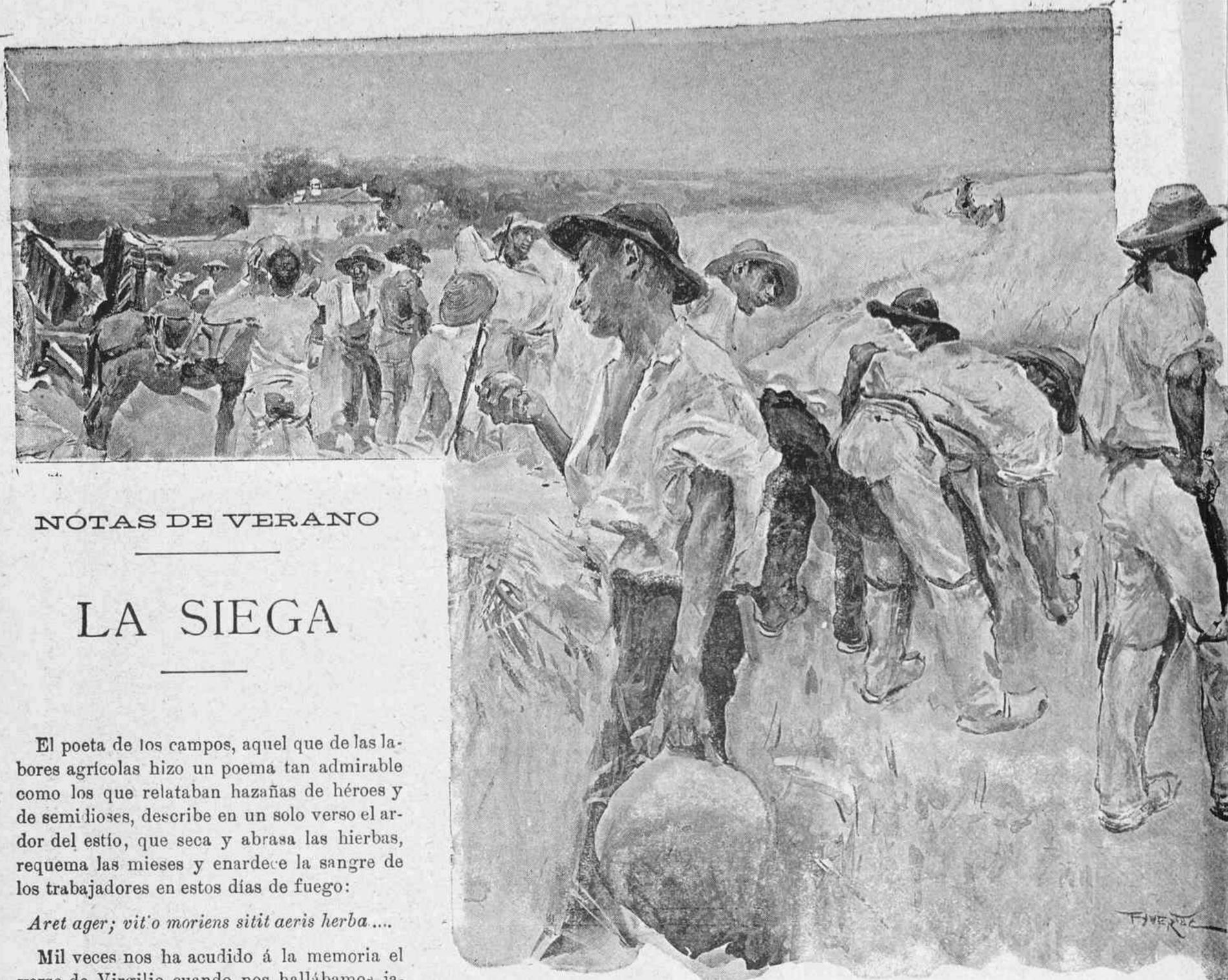
Al que no deben de importarle gran cosa las variaciones de temperatura ni las evoluciones históricas es al *nuevo Sansón* que se presenta en un circo de Madrid, y que es una especie de martillo pilón con forma humana.

Dicen que lo ha traído el Sr. Ministro de Hacienda para partir los perros grandes y poner *en ejecución* con más facilidad el impuesto de los centimitos. Aquí sería más propio decir: *para poner en vigor* dicho impuesto. Lástima es que no haya *cadena ominosa* que romper.

DE VERANEO



EN EL OBSERVATORIO, DIBUJO DE JIMÉNEZ MARTÍN.



NOTAS DE VERANO

LA SIEGA

El poeta de los campos, aquel que de las labores agrícolas hizo un poema tan admirable como los que relataban hazañas de héroes y de semidioses, describe en un solo verso el ardor del estío, que seca y abrasa las hierbas, requema las mieses y enardece la sangre de los trabajadores en estos días de fuego:

Aret ager; vit'o moriens sitit aeris herba....

Mil veces nos ha acudido á la memoria el verso de Virgilio cuando nos hallábamos jadeantes y hundidos entre las mieses en las abrasadas llanuras de la Mancha, mirando el silencioso avanzar de los segadores, bajo el centelleante sol, sobre los tostados y urentes surcos amarillos, sin escuchar otra cosa que el rechinado áspero de las hoces al ser pasadas y repasadas por la piedra de afilar y el sobrealiento lamentable de los muchachos *ateros* al liar las gavillas con rapidez automática para dejarlas caer como cuerpos muertos sobre la tierra.

Al menos, Tirsis, el pastor de Virgilio, tenía la alegre esperanza de que, al volver su Filis, toda aridez se trocarse en lozanía y la bienhechora lluvia hiciera reverdecer el bosque:

*Phyllidis adventu nostrae nemus omne virebit,
Juppiter et laeto descendet plurimus imbri.....*

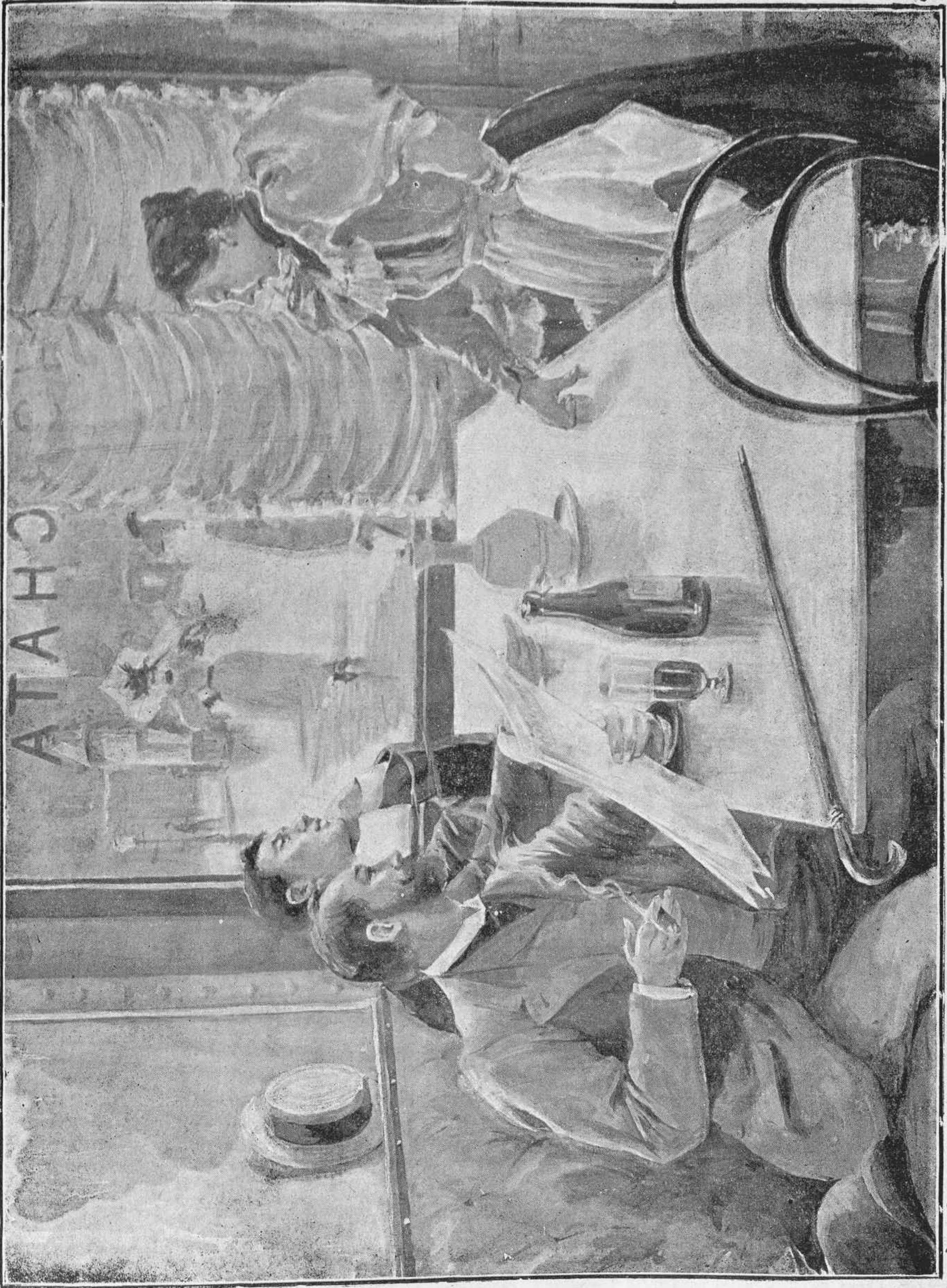
Para el pobre segador de las hazas de Castilla ó de los marjales de Andalucía, no hay que esperar en Filis, ni desear que la lluvia descienda alegremente, porque entorpecerá su labor y acortará su pequeña ganancia.

Esos rebaños de hombres negros que bajan de Galicia y esas cáfilas de hombres, mujeres, chicos y burros que de Murcia y de Albacete llegan, no hacen otra cosa que las hormigas: recoger en el verano cuatro cuartejos para hacer frente á la época pavorosa de los fríos. Son gente resignada, impasible, correosa. La atención al duro trabajo y la fuerza implacable del sol les arrebatan las pocas ideas del cerebro, les atrofian la sensibilidad, les curten la piel. A un segador gallego le hemos visto cortarse bárbaramente con la hoz un pedazo de carne que del dedo índice le colgaba, meter otra vez el dedo, entrapajado á la buena de Dios, en el dedil de caña, y seguir su faena sin rechistar. A una segadora de Albacete la vimos, mientras segaba sin cansancio ni tregua, llevar arrastrando al *churumbel* colgado del pecho abundante; era un niño de cuatro ó cinco meses, y se agarraba á la ubre lo mismo que un gatito. ¿Qué especie de fiera será ese muchacho cuando llegue á hombre?

Un segador *de punta*, una *primera hoz*, como dicen ellos, vuelve á su tierra, después de tres meses de trabajo incesante, con treinta y cinco ó cuarenta duros ahorrados; hay mozalbete que en todo ese tiempo no ha hecho más que trabajar y comer gazpacho, y no lleva de ahorro ni una perra chica. Las familias de manchegos, los *guachos*, como se dice, no sabemos por qué, en toda la Sagra, sacan algo más, porque comen menos; trabajan todos, la abuela, el matrimonio, los chicos y las chicas, el amado y paciente pollino. Produce el efecto de algo muy trágico y doloroso el verlos en las noches de luna, como en las siestas, cortando y hacinando la mies dura y estallante hasta caer rendidos y revueltos en el rastrojo. Sus cuerpos rebozados en harapos y metidos entre las gavillas se confunden con éstas, y gavillas y hombres á la luz de la luna parecen los cadáveres abandonados en un campo de batalla....

(Dibujo de Huertas.)

F. N. L.



LA HORCHATERÍA MODERNA, DIBUJO DE FEDERICO.



LA SIESTA, CUADRO DE D. CASTO PLASENCIA.

Aquel malogrado artista que tenía de los campesinos la sencillez del alma y la seguridad y alcance de los ojos; aquel hombre que, al revés de muchos maestros, pintaba casi *involuntariamente*, cómo cantan los pájaros y cómo triscan los tiernos recentales; que tenía la Naturaleza con todos sus colores y matices recogida en su paleta riquísima, dejó sin concluir el cuadro que por primera vez se ofrece hoy á la admiración del público en LA REVISTA MODERNA. Pertenece este cuadro á la misma casta que *El mentidero* y *La fuente de Roque*, asombrosas muestras de la madurez ya iniciada en aquel talento pictórico superior á los demás por un mérito grandísimo: el de la espontaneidad y la franqueza.

En este empeño, más difícil que ningún otro de los que suelen acometer los pintores, en el empeño de *pintar la verdad*, bien puede afirmarse que Plasencia puso la raya, de la cual hasta ahora nadie ha pasado.

No es, en modo alguno, hipérbole retórica la de que Plasencia pintaba como pintan la luz y la sombra al tropezar con las carnes, con el follaje, con el agua, con la tierra. No enmendaba la plana al sol, ni disimulaba sus crudezas, ni quiso aprender á suavizar y acaramelar lo que de suyo es agrio y desabrido; pero aun mucho menos que eso incurria en el pecado, tan grave como frecuente, de emborracharse de luz y de arrojar desenfrenadamente los colores sobre el lienzo, abriantando lo mate y creando contornos ó toques luminosos imaginarios para obtener el conocido resultado de la *pintura jugosa*, graciosísimo disparate no calculado ni previsto por los grandes maestros de este arte. No sabía Plasencia *pintar fresco* nada más que el agua y las cosas húmedas por naturaleza, ni tampoco hacía caso de esas palabruccas insustanciales y tropo-

lógicas con que los críticos, y aun los mismos artistas, aumentan la confusión existente ya entre la pintura y las otras artes; ni era escultor, ni arquitecto, ni mucho menos literato. La poesía de sus obras no es otra que la poesía del *original*, es decir, la de la misma Naturaleza, que él copiaba con amor entusiasta, en los más hermosos aspectos de ella, en los troncos robustos de los castaños y de las encinas, en las fuentes de sosegado y apacible cantar, en la tez dorada á fuego y en los brazos poderosos de las aldeanas de Asturias. El poeta de las *Geórgicas* hubiera hallado muy sabrosa complacencia en la contemplación de *El mentidero*, de *La siesta* ó de *La Fuente de Roque*. Pero ¡mucho ojo! Plasencia no era precisamente lo que pudiera llamarse un pintor *virgiliano*. Lejos de él toda prevención y todo propósito de producir este ó aquel efecto. Antes la muerte que el *efectismo*, y no se hable de *impresionismo* ni de *simbolismo* y demás zarandajas hoy tan de moda. Plasencia hubiera tenido seguramente el buen talento de no comprenderlas y de seguir pintando, como un bendito, *lo que veía*, sin meterse en más averiguaciones, ni en artificiales rebuscos de originalidad. Ya se le alcanzaba á él que lo eternamente original lo da Dios en el campo, en el agua, en media docena de mujeres, que para Plasencia (como para Julio Bretón, otro pintor de la verdad pura) eran casi siempre las mismas.

¡Cosa más sencilla! Un claro del bosque, en el cual se aplasta el sol bochornoso, pesadísimo, y unas cuantas mujeres que, rendidas del trabajo y del calor, cuchichean ó dormitan.... El artista ha sabido *aprovechar el momento*, que tan contadas veces se les presenta á los artistas como á los enamorados, y su ventura le ha valido, porque *aquí* era el momento de las obras maestras.

ARTISTAS PREDILECTAS DEL PÚBLICO

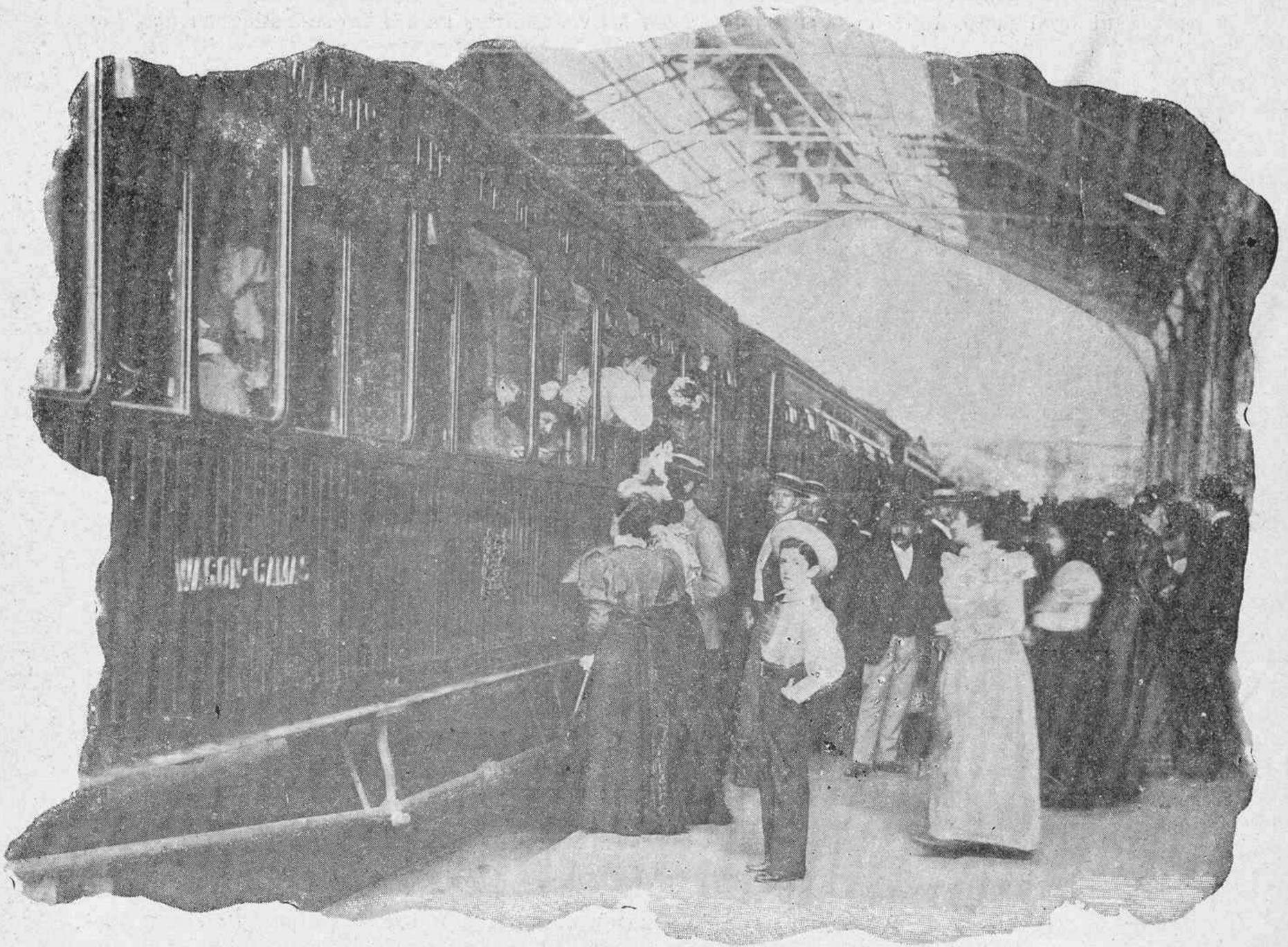
CLOTILDE PERALES

PRIMERA TIPLE EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO



EN LA ZARZUELA «¡CÓMO ESTÁ LA SOCIEDAD!»

LA DICHA DE SER POBRE



I.

—Marqués.

—Adolfo. ¡Vaya una casualidad! ¿No se acuerda usted del año pasado, en que también nos encontramos aquí é hicimos el viaje juntos? ¡Usted estaba recién casado! ¡Vamos, para tener fresquita la bendición no se portaron ustedes del todo mal! ¡Ji, ji! Pero, ¿y Laura?

—Allí está. Delante del tercer vagón.

—Ya la veo. Voy á saludarla. A los pies de usted, Laurita. ¡Calle! A los suyos, Juana. ¿Se llevan ustedes á su hermanita á San Sebastián? Bien hecho. Pues estaba diciendo á Adolfo que es el segundo viaje que hacemos reunidos.

—Con nosotras sí.

—¿Cómo con nosotras?

—Adolfo no viene.

—¡Que no va con ustedes!

—Bastante lo siento, Marqués. Calcule usted lo delicioso que resulta quedarse en esta chicharrera y se-

parado de mi mujer; pero no hay otro remedio. La Bolsa de una parte, tengo 40.000 francos por medio en eso de la conversión de los títulos; el arriendo de los alcoholes, que no quiero que nadie me birle....

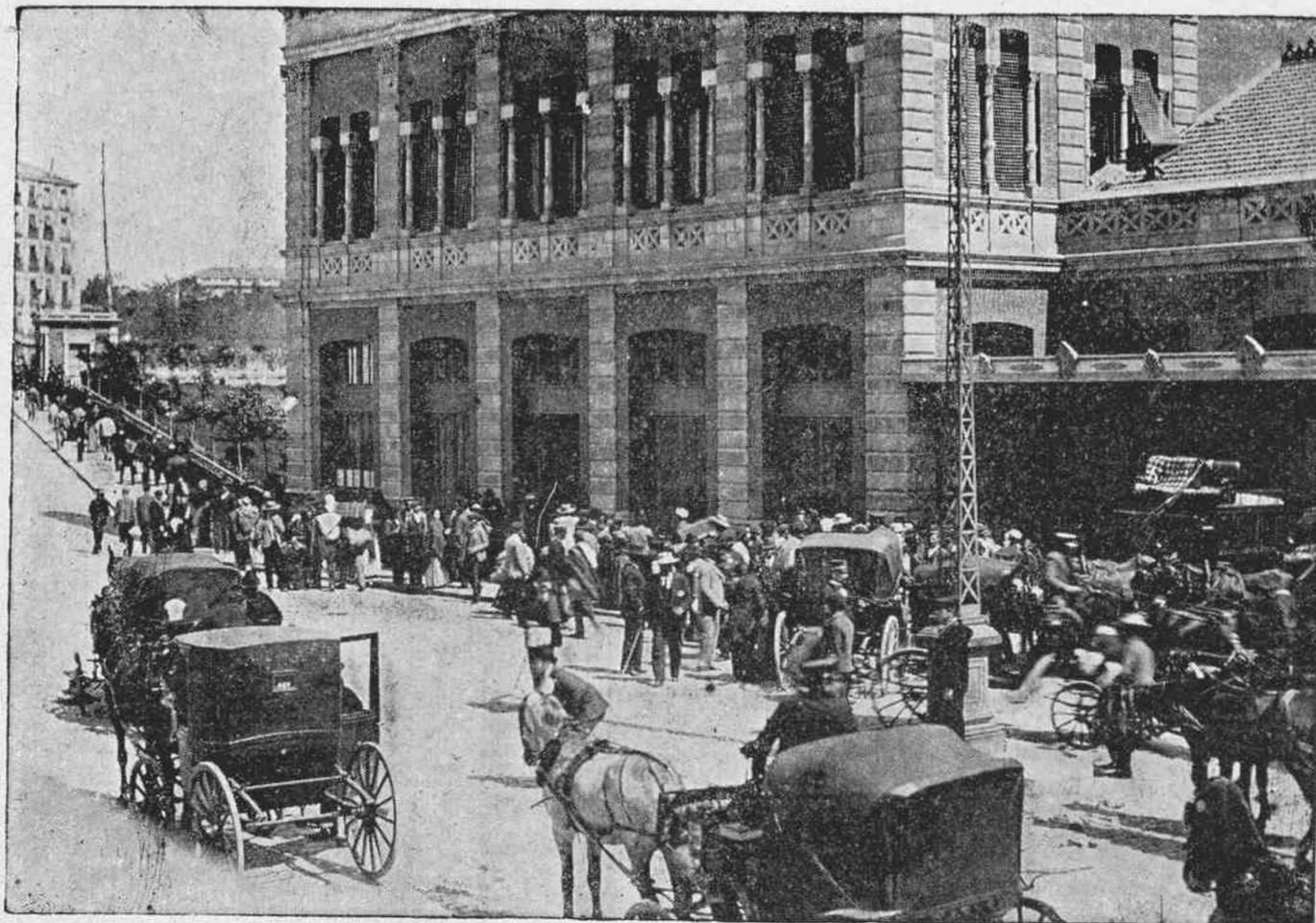
—En fin, que no se pueden tener negocios.

—Eso le digo yo, Marqués. Eres rico, ¿quién te manda acarrear semejantes quebraderos de cabeza? Ahora te vendrías con nosotros á la costa.

—En Agosto iré.

—Ocho días, y gracias.

¡Y cuidado la gente que se marcha de Madrid! Hoy he estado en la estación del Mediodía, y aquello parecía un hormiguero. Aquí, no se diga. ¡Mire usted las ventanillas, Laura! No se distinguen más que



velillos, sombreros y cabezas rubias. Delante de cada vagón hay un carro. Vea usted allí, frente al cañón, la Condesa viuda con sus tres hijas. De seguro que llevan pase á medio precio, si no lo llevan gratis. También se larga la de Campo Seña. ¡Y sin su marido! ¡Por vida de la conversión de los títulos! La generala, y el general, y el ayudante de la generala, digo, del general.

—¡Ja, ja! ¡Marqués, es usted temible!

—Cualquiera se equivoca. ¡Si le digo á usted que nos vamos esta tarde todo el primer turno de la ópera! ¿Conque en el compartimento de ustedes hay asiento?

—¡Y de rincón. Marqués!

—¿De rincón? ¡Esto es hallarse emparentado con la propia fortuna! ¡Hola! Si mi monóculo no ha perdido su potencia, aquella del traje gris es la de Casa López.

—La misma.

—Pues, con permiso, voy á saludarla. Aun faltan cinco minutos.

II.

—¿De modo que él se queda, Marqués?

—Hace ese sacrificio. Los hombres de negocios no se pertenecen, y ahora precisamente hay por medio una oportunísima conversión de títulos de la Deuda y un arriendo de alcoholes.

—¡Y no hay más por medio!

—En confianza, Carolina, yo creo que hay una buena moza de los barrios bajos que le tiene vuelto loco. La deuda, por tanto, es interior. Yo no lo sé. Eso se dice.

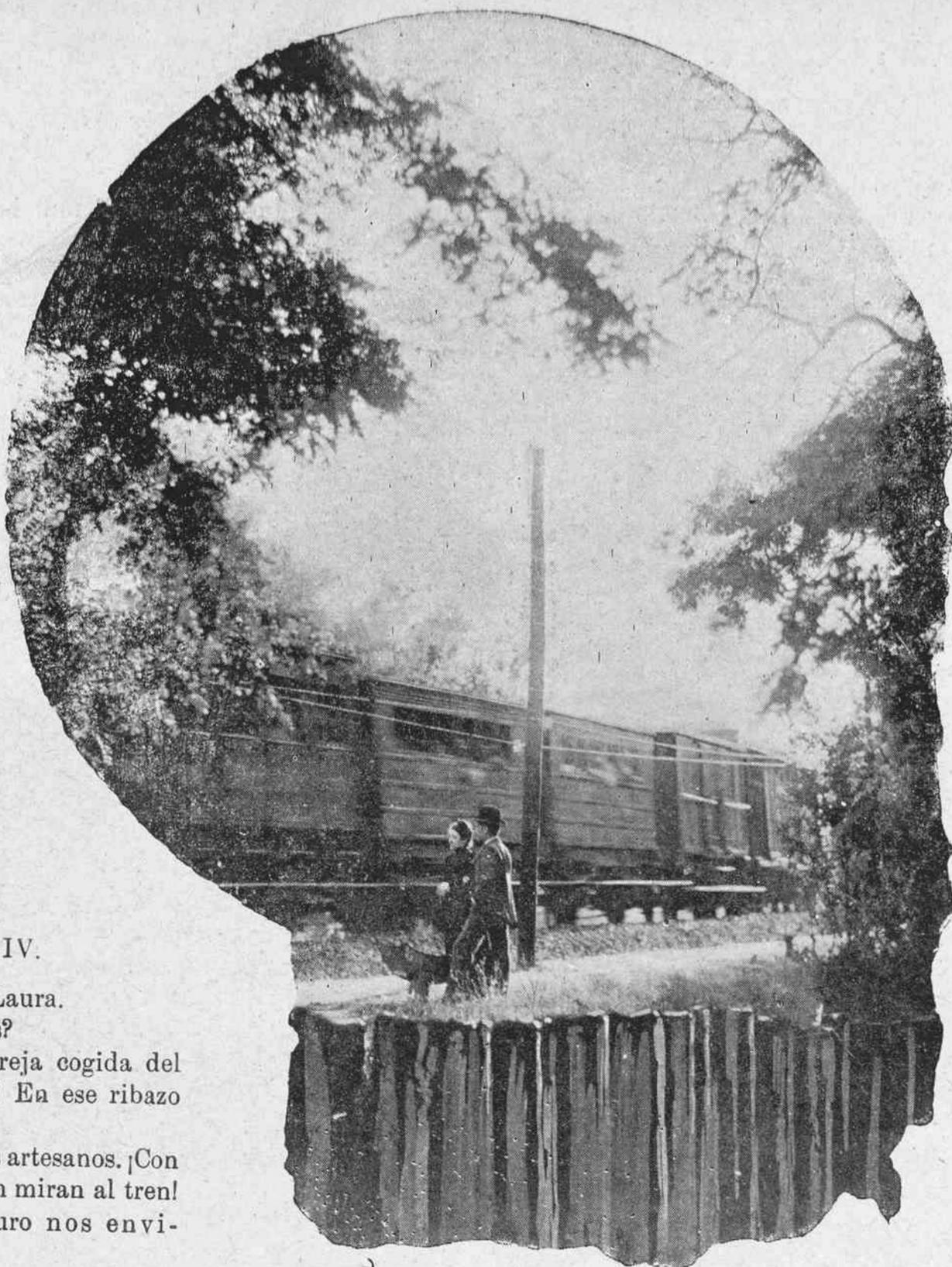
- ¡Y al año y pico de casados!
 —Hágase usted cargo. ¡No ha esperado ni los cuatro ó cinco años que espera todo el mundo. El tercer toque. Hasta Villalba, Carolina.
 —Abur.

III.

- ¿Te gustan los caracoles, Luisa?
 —Á mí, mucho.
 —Bueno. Pues entonces tráete eso: dos raciones de caracoles, una tortilla con jamón, una ensalada de aceitunas negras y una botella de vino. De prisa, ¡eh!
 —En seguidita.
 —¿Dónde tocan ese piano de manubrio?
 —Ahí fuera. ¡Mira! ¡Menudo bailoteo que han armado! Parece el salón de la Camelia en un domingo de



- moda. Y por lo visto se andan en la décima polca, porque las caras ya van tirando á pimientos morrones.
 —¿Quieres que bailemos una mazurka?
 —Hace mucho calor; con el bochorno se derrite una. Sin embargo, si te empeñas.....
 —No, yo lo decía por ti. Por mí, estoy mejor tranquilo en esta habitación tan fresca y regada.
 —Les dejaremos que suden.
 —Es que veranean.
 —Capaces serán de haberse ido antes á bañar al río.
 —Si es que no van luego.
 —Entonces merendaremos en paz y en gracia de Dios, y nos daremos después un paseíto por las sombras de la Moncloa.
 —¡Sí, sí! Iremos á la vía á ver pasar el tren.
 —Bueno. Aquí están los caracoles. ¿Qué tal de apetito?
 —Yo tengo una carpanta superior.
 —Y yo.



IV.

—Mira, Laura.

—¿Qué es?

—Esa pareja cogida del brazo. ¡Ahí! En ese ribazo verde.

—Son dos artesanos. ¡Con qué atención miran al tren!

—De seguro nos envidian.

—Probablemente.

—Deben de ser unos novios. Pero ¿lloras?

—¿Por qué? Es que se me ha metido en un ojo una partícula de carbón. (¡Dios mío! ¡Quién fuera pobre!)

(Ilustraciones fotográficas de Mateu.)

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

CHASCARRILLOS, POR GASCÓN



—¿Crearás que no encuentro mis tirantes por más que los busco?

—¡Hombre! Es singular.

—No, mujer. Es plural.



—¿Con que has dejado el vino?

—Sí, gracias a mi suegra.

—¿Tanto la quieres?

—No. Es que cuando me emborracho veo dos suegras a la vez, y eso no hay quien lo sufra.

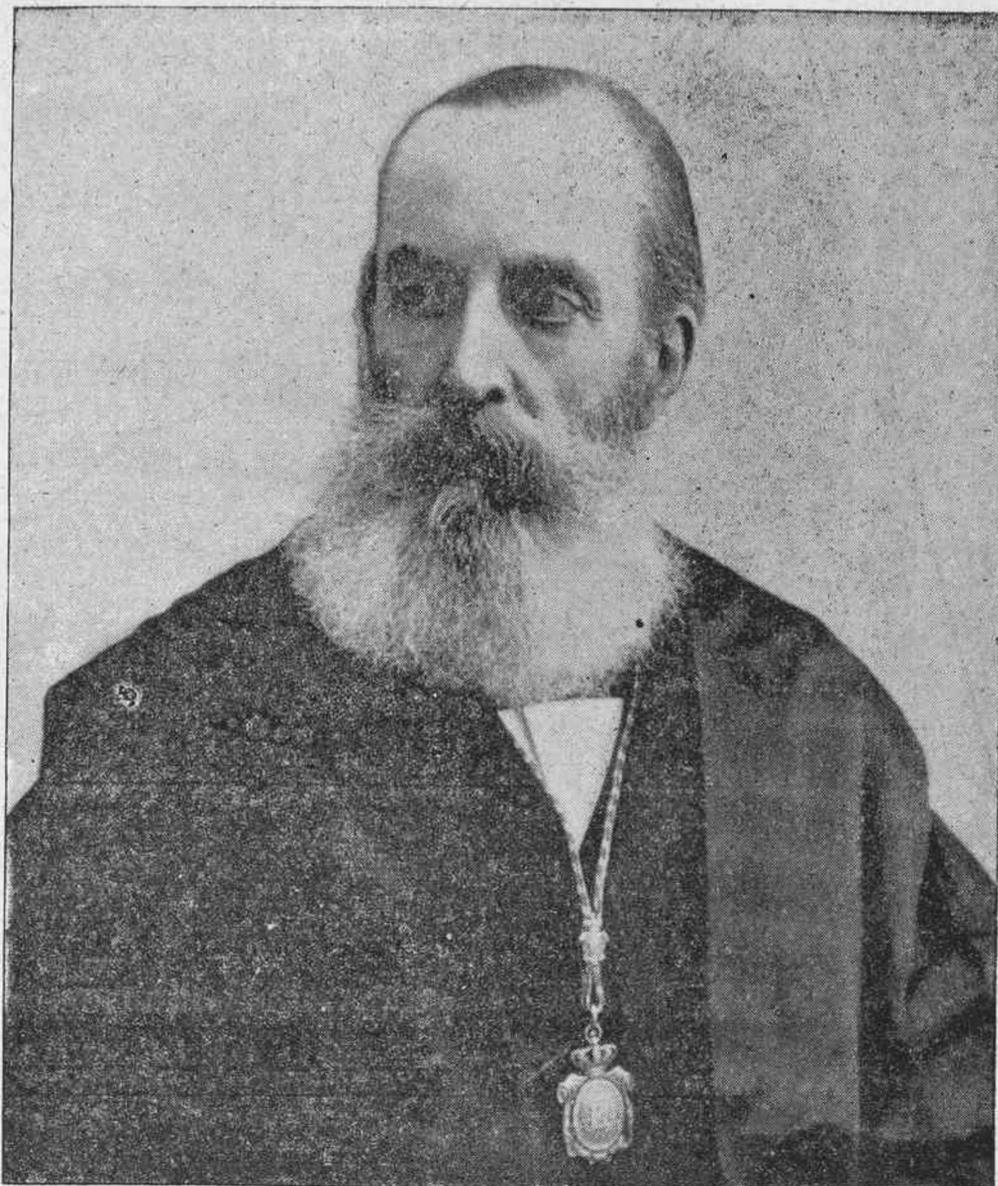
ACTUALIDADES

D. JOSE DE LETAMENDI

El martes 6 del corriente falleció en Madrid este ilustre catedrático, médico sapientísimo, filólogo consumado, pintor anatómico excelente, músico de grande y severa inspiración, filósofo muy original, político de notable desinterés y hombre de trato afable y de conversación deliciosa.

Don José de Letamendi era el tipo de los que el pobre loco Nietzsche ha calificado de *super-hombres*: de esas inteligencias amplias, comprensivas y luminosas hechas para conducir, para guiar á los rebaños humanos por el camino de la investigación y por el de la práctica: un hombre para quien, como para un Aristóteles ó para un Pitágoras, todo en el mundo era *orgánico* y *armónico*, porque á los ojos del hombre de esta elevación intelectual todo aparece soldado y sintetizado, en obediencia á leyes que algún día han de ser descubiertas. Á la manera que Pitágoras creía oír la música de los cuerpos celestes, percibía Letamendi las relaciones armónicas de los órganos corporales en la salud y en la enfermedad, que no eran para él, como para los patólogos vulgares, cosas radicalmente distintas.

La sociedad, que tantos beneficios debía á Letamendi, le rindió el último tributo, acompañándole al cementerio hombres que representaban á todas las clases sociales.



L. R. M.

ÚLTIMO RETRATO.



EL COCHE FÚNEBRE CONDUCIENDO LOS RESTOS DEL SABIO ILUSTRE AL CEMENTERIO DE SAN JUSTO.

LOS RAYOS X AL SERVICIO DE LAS ADUANAS



PARÍS.—EXAMEN RADIOSCÓPICO DE UNA MALETA.



MATUTERA COGIDA INFRAGANTI POR MEDIO DE LOS RAYOS X.